



PLANETA

JUVENIL

SALARIO MÍNIMO

VIVIR CON NADA

ANDRÉS FELIPE SOLANO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta:

© Andrés Felipe Solano, 2015

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6176-2

ISBN 10: 958-42-6176-2

Primera impresión es esta colección: agosto de 2017

Segunda impresión es esta colección: marzo de 2018

Tercera impresión es esta colección: febrero de 2019

Cuarta impresión es esta colección: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ANDRÉS FELIPE SOLANO (biografía)

Autor de las novelas *Sálvame, Joe Louis* (Alfaguara, 2007), *Los hermanos Cuervo* (Alfaguara, 2012) y el libro de no ficción, *Corea, apuntes desde la cuerda floja* (Ediciones UDP, 2015). Fue finalista del Premio FNPI 2008 por su crónica “Seis meses con el salario mínimo”, incluida en *Lo mejor del periodismo en América Latina* (FNPI-FCE, 2009), *Antología de crónica latinoamericana actual* (Alfaguara, 2012) y *Verdammt Süden* (Edition Suhrkamp, 2014). En 2010 fue seleccionado por la revista *Granta* como uno de los veintidós mejores narradores jóvenes en español.

Sus crónicas y cuentos han sido publicados en revistas como *SoHo*, *Gatopardo*, *Granta*, *McSweeney's*, *World Literature Today* y *The New York Times Magazine*. Ha sido traducido al inglés, alemán, japonés, coreano y finés.

A mi familia en Medellín

ÍNDICE

Crónica.....	11
Fotos.....	71
Epílogo.....	121

CRÓNICA

Al iniciar este viaje, mis votos son los de un monje: pobreza y castidad. A mis treinta años he decidido ir a Medellín, a 450 kilómetros de Bogotá, la ciudad donde nací, donde estudié y donde trabajo como periodista. El único lugar que, a fin de cuentas, conozco bien. Voy a Medellín porque acepté el encargo de la revista *SoHo*, que me pidió un artículo acerca de cómo es vivir con el salario mínimo durante seis meses. ¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué dejar mi cómoda y bien asalariada vida en Bogotá? Lo desconozco. Pero desde hace un tiempo los días se me van en trabajos periodísticos a destajo, y cada vez me resulta menos soportable el cariz que esa vida está tomando. Si hubiera nacido en otro país y en otro tiempo, quizás esta decisión equivaldría a alistarme en el ejército e ir a la guerra. Quiero ser un hombre con una guerra encima. Pero la verdad es que sólo viviré seis meses con el salario mínimo en una ciudad que no es la mía. No sé cuál será mi casa, si tendré amigos, si conoceré a alguna mujer. Mis certezas por ahora son un número de teléfono y un empleo en una empresa de confección infantil llamada Tutto Colore. Repito el nombre en voz alta y con un falso acento italiano: Tu-tto Co-lo-re. Una ironía si pienso en la monocromática vida que me espera como operario de fábrica.

Las condiciones para hacer el artículo son rígidas. Trabajaré encubierto. Nadie puede saber quién soy. Y tendré que mantenerme con el sueldo que me pague la empresa textil. Vivienda, comida, transporte, todo tendrá que salir de ahí. No puedo llevar dinero ni pertenencias desde Bogotá. No puedo acudir a mi cuenta bancaria en un momento de desesperación. No puedo pedir ayuda a mi familia (con la que me comunicaré apenas algunas veces y a través de un teléfono móvil que traje para eso).

Además de mi ropa, en la maleta llevo varios tubos de crema dental y pastillas de jabón, tres desodorantes y dos cepillos de dientes. Es la única trampa que voy a hacer. Los artículos de aseo son lo más costoso de la canasta familiar: en ellos me he gastado una sexta parte de lo que voy a ganar al mes. En la billetera tengo un calendario de bolsillo para tachar los días en que viviré como un honesto impostor: serán seis meses de ser lo que no soy y de saber lo que puedo llegar a ser.

* * *

No sé muy bien qué pensar sobre lo que sucedió ayer en el aeropuerto, cuando venía para acá. Ya llevo un día en Medellín. La dependienta de la aerolínea, sonriente y con su pelo bien recogido, me puso en primera clase al enterarse de que viajaba solo. Pensé en decirle que era un obrero, pero todavía no lo soy. Silla 1A. Nunca antes había viajado en primera clase. En bus habría tardado

diez horas por carreteras enroscadas, pero me tomó apenas media hora desde Bogotá. El último privilegio de mi vida como periodista por los próximos seis meses.

Es un domingo caliente de 2007. Cuatro de marzo. Por ahora me hospedo en casa de un lector: alguien que ha leído mis artículos y que me escribió hace tiempo un email para comentármelos. A la hora de venir a Medellín me atreví a contactarlo y confesarle lo que me disponía a hacer. Intentar ser otro. De inmediato se ofreció a darme una cama y desayuno mientras empezaba mi segunda vida. En Medellín, solo él y el gerente de la fábrica donde trabajaré saben a lo que he venido.

Sentado en un bar del centro recorro los clasificados del diario *El Colombiano*. He encerrado en un círculo unas cuantas habitaciones en lugares que reconozco por libros y guías que leí antes de pisar la ciudad. Solo estuve de paso durante unas vacaciones hace más de diez años. Un termómetro en la pared marca 32 grados. Estoy contento de no tener que llevar abrigo, como ahora mismo tendría que hacerlo en la fría Bogotá. Podrá sonar ingenuo, casi estúpido, pero elegí Medellín porque creo que ser operario de una fábrica en un clima amable será menos complicado.

Siempre he querido vivir en Buenos Aires y quizás ahora ese deseo se cumpla: hay algunas pensiones para hombres solteros situadas en un barrio que lleva el nombre de la capital de Argentina. Elijo un par de opciones

en Aranjuez y Manrique, unos enclaves obreros fundados en la primera mitad del siglo pasado, cuando la industria textil atravesaba una etapa de esplendor. Es como si tirara los dados sobre el periódico. No sé qué resultará de mi elección. Pero lo cierto es que el dinero manda y mi criterio es simple: al mes ganaré 484.500 pesos, así que según mis cuentas no puedo gastar más de 150.000 en el arriendo. El resto de mi sueldo lo destinaré para los buses y la comida. ¿Me quedará dinero? Estimo que unos 120.000 pesos para darme gustos los fines de semana. Algún helado, cervezas, una película, ir a bailar: eso que todo el mundo conoce como la vida. Es el lujo de ser un soltero sin hijos y con buena salud que gana el sueldo mínimo y no tiene la obligación de enviarle dinero a su madre.

Cierro el periódico. Se ha hecho tarde. Dejo el bar y ceno en el restaurante más barato que encuentro, para convencerme de que mi nueva vida ha comenzado. En mi cuenta bancaria tengo un salario mínimo para arrancar este primer mes. Eso es todo. De regreso en la casa de mi lector vuelvo sobre las opciones que marqué en el periódico. Me duermo a la espera de que este limbo termine rápido.

* * *

No sobran posibilidades para elegir un cuarto barato en Medellín. Ayer lunes visité los pocos que se ajustaban a mi presupuesto y hoy martes estuve cerca de mudarme

a una habitación de siete metros cuadrados y paredes descascaradas en el barrio Manrique Central. Tenía una cocineta a medio terminar y un baño sin cortina. El antiguo inquilino se había llevado los bombillos, pero en retribución dejó una revista pornográfica y una olla ahumada. Al frente del cuarto, en un patio interior, había un lavadero donde los habitantes de la pensión, hombres solos, fregaban su ropa sucia y la colgaban en un alambre retorcido. Sobre el patio daba sombra un bonito samán, muy viejo a juzgar por las enredaderas que lo cubrían. El árbol fue lo único que no encontré amenazador. El hombre que me mostró el cuarto, un tipo flaco que me recibió en chancletas y sin camisa, me dijo que el teléfono público del pasillo no servía porque lo habían dañado al querer sacarle las monedas: «Es que la gente no respeta. No vaya a dejar la ropa colgada durante la noche. De pronto no la encuentra al otro día». No me hace gracia tener que golpear puerta por puerta preguntando por mis calzoncillos. Eso bastó para que me decidiera a buscar el número telefónico que tengo anotado en un papel. Es el número de una mujer que trabaja como funcionaria pública en Medellín. Me lo pasó un colega periodista al que le conté sobre mi viaje. Me dijo que lo usara si no encontraba con facilidad una habitación donde vivir. Ya he perdido un par de días en esta búsqueda, muy pronto tengo que presentarme en la fábrica, y quiero que el inicio del trabajo coincida con mi mudanza definitiva. Es hora de marcar el número.

Llamo y así es como aparece en mi vida Rosario Morales. En menos de dos horas me consigue una habitación en la casa de su mejor amiga, en el barrio Santa Inés, al nororiente de la ciudad. Hasta el año 2000 la comuna tres, a la que pertenece Santa Inés, concentraba la mayor parte de las bandas criminales de Medellín, entre ellas La Terraza, que llegó a dar empleo a unos 3.000 sicarios. Decido mudarme mañana. No sé muy bien por qué, pero algo me dice que ahí, en aquel barrio popular que fue campo de guerra, encontraré lo que estoy buscando.

* * *

Desde hace una semana duermo en una habitación sin puerta. Un sencillo velo separa mi cuarto del comedor y de una cocina que me tiene deslumbrado: es de metal, vidrio y madera. Parece que la hubieran arrancado de un apartamento modelo para empotrarla en un barrio donde algunas casas están todavía a medio hacer. Impertinente, la primera noche en mi nueva casa pregunté cuánto había costado. Doña Pilar Villa, la dueña, una mujer de un metro cincuenta y maneras dulces, me dijo que su hija había pagado dos millones de pesos por aquella cocina. De modo que mis arrendadores poseen una de las mejores cocinas de este lugar que le ha ido disputando tierra a la cima de una montaña, un barrio con nombre de santa.

Hay que reparar en los nombres ¿Quién bautizó el barrio sabía acaso que la santa había sido mártir? Dicen que Inés fue juzgada por rechazar a un pretendiente noble y sentenciada a vivir en un prostíbulo, donde permaneció virgen gracias a varios milagros. De acuerdo con las actas de su martirio, aunque fue expuesta desnuda los cabellos le crecieron, de manera que tapaban su cuerpo. El único hombre que intentó desvirgarla quedó ciego. Pero Santa Inés lo curó a través de sus plegarias. Luego fue condenada a muerte y decapitada. Como algunos jóvenes de la zona en su época más brutal, me enteraría después.

La primera noche en casa de los Villa pegué un mapa de Medellín en una de las paredes de mi cuarto, revisé el funcionamiento de un televisor de perilla y verifiqué la dureza de mi cama. Desde un principio supe que ambas cosas serían definitivas en mi nueva vida. Un televisor y un buen colchón entrañan verdades profundas si se tiene que trabajar en una fábrica de ropa, tal y como lo vengo haciendo desde hace una semana. Esa noche también colgué en un clóset de madera las cuatro camisas y los tres pantalones que traje desde Bogotá y acomodé en un rincón mis dos pares de zapatos y unas chanclas. Luego me senté por unos minutos en la cama a ver en el mapa el sitio exacto en el que está mi nueva casa. Lo había señalado con una estrella mientras doña Pilar Villa me preguntaba si tenía algún gusto culinario especial.

«Frijoles, me gustan mucho los frijoles», le respondí con una sonrisa, casi enternecido. No esperaba que alguien se fuera a preocupar por mi comida. De hecho pensé que tendría que cocinar a diario después del trabajo.

Pero no he mencionado lo más importante que sucedió la primera noche. Fue una decisión que tomé apenas conocí a doña Pilar y a su segunda hija, Angélica.

En Bogotá había planeado que, al llegar a Medellín, alquilaría un cuarto en una pensión para solteros, pero finalmente aterricé en una luminosa casa de familia. No estaba dentro de mis planes revelar lo que me trajo a esta ciudad. Sin embargo, apenas vi a esas dos mujeres menudas, supe que no podría simular frente a ellas. No podría compartir su mesa, bañarme en su baño, tomar café en sus tazas y fumar en su terraza sin decirles quién era y a qué había venido. Comprendí que, si es que no quería perder la cordura, además de procurarme una red afectiva era importante ser yo mismo por lo menos un par de horas al día. Esa noche les conté que era un periodista que había dejado su vida en Bogotá para venir a ganarse el salario mínimo en Medellín por seis meses y que, al finalizar, mi intención era escribir sobre todo aquello. Para Angélica no sonó del todo extraño, porque había estudiado comunicación social y periodismo en la Universidad de Antioquia. A doña Pilar simplemente le parecí un buen hombre. Fue así, con las cartas destapadas, como comencé a vivir allí.

Pero en la fábrica conservo mi máscara.

* * *

Las cien personas que trabajan en Tutto Colore apenas se han dado cuenta de que existo. La verdad es que soy un trabajador más que obedece órdenes y se gana el sueldo mínimo: me lo recuerdan las diez horas al día que paso de pie en la fábrica. En las primeras semanas que llevo en la empresa he repetido un puñado de frases que apenas varían: Sí, señor; No, señor; Ya mismo lo hago. También he aprendido a moverme con la agilidad de un pez por el segundo piso, donde está mi puesto.

Cada día almaceno bolsas con prendas de vestir en unos estantes metálicos que parecen el costillar de un transbordador espacial. A la vez llevo un inventario de camisetas, sudaderas, vestidos para niña y mamelucos sobre una mesa tan larga como la del comedor de un colegio y recibo con humildad benedictina las reprimendas de mi jefe, un hombre neurótico que nos prohíbe oír música a mí y a mis compañeros de faena. En los otros pisos de la fábrica los operarios se relajan con rancheras, merengues, baladas y vallenatos. Nosotros trabajamos sin banda sonora y eso nos hace un poco miserables.

Mi rutina laboral comienza a las 6:45 de la mañana. A esa hora el portero de la empresa, un hombre calvo, bigotudo y mirada de zorro hambriento, me abre la puerta y saluda con un desganado buenos días. Busco

en la entrada una tarjeta amarilla con mi nombre y la deslizo por la ranura de un reloj de metal muy parecido a una pequeña caja fuerte. Me abruma el ruido que hace en las mañanas, ese clack pesado como el de un grillete, y adoro la música dodecafónica, libertaria, que sale de sus entrañas a las cinco de la tarde, la hora de salida, el momento en que todos los operarios de la fábrica volvemos a ver el sol. Marcar tarjeta en una fábrica le pone un precio al día. El mío cuesta 14.500 pesos.

Antes de las siete de la mañana saco mi uniforme de un casillero marcado con el número 49 y me cambio en el último baño de la segunda planta, el único con un orinal. Los demás baños son para las operarias de la sección de Terminación, nuestras compañeras de piso. Son mujeres que revisan posibles imperfecciones en la ropa que sale de las máquinas de coser ubicadas una planta más arriba y empacan las prendas. Entre ellas está la mujer más bonita de la fábrica, una muchacha que revisa con la concentración de un banderillero las costuras de blusas, pantalonetas y vestidos, envuelta en una bata de cuadritos. Y está casada.

Mi vestimenta es simple: una camiseta azul que me entregó mi jefe el primer día, hecha de algodón y con un cuello alto y grueso que me apretó durante la primera semana de trabajo; un jean cómodo pero con el tiro demasiado largo que compré en el centro por 15.000 pesos, y un par de zapatos viejos, los únicos con los que

resisto parado las diez horas de mi jornada laboral, en la que además de cumplir con mis obligaciones, trato de recolectar toda la información posible para alimentar mi tarea secreta.

* * *

De un modo inesperado, mi cuarto se ha vuelto una clase de geografía durante estas primeras semanas en las que los días se han sucedido atterradoramente iguales. Hoy, al regresar de la fábrica con un ligero dolor de espalda, me he puesto a estudiar el mapa que colgué en la pared y que muestra los casi 250 barrios urbanos oficiales que tiene la ciudad. Por sus nombres puedo decir que me agradan Moscú No 2, La Frontera, La Avanzada, Caribe, La Pilarica, La Mansión, Ferrini, Castropol y El Corazón. Según los cartógrafos, la ciudad se acaba unas veinte cuadras al oriente de donde estoy. Más allá aparece una gran superficie verde, el pico de la montaña sobre la que se construyó Santa Inés durante los años setenta, justo cuando la discriminación social en la ciudad se hizo aún más patente a consecuencia de un código para constructores. Según ese código, El Poblado, el barrio donde terminaron asentándose los adinerados de Medellín, sería una zona residencial de baja densidad, con lotes por vivienda de 1.200 metros cuadrados, mientras aquí, en el nororiente, las casas tendrían sólo 90 metros.

Después de ordenar la ropa limpia que me entregó doña Pilar, subo a la terraza de esta casa que alguna vez